

Eugenio Orrego Vicuña

Tres estampas de Valparaíso viejo

EN EL SIGLO XVI



UN valle solitario y estrecho, al cual desembocaban tres quebradas. Una playa rocosa, abrupta. Los montes cubiertos de quillayes y boldos, con lejanía de palmares junto al mar. Ni pretiles para contenerlo, ni muelles para civilizarlo. Oleaje bravío que iba a morir en las arenas y en las rocas, lamiendo los árboles criollos. En el horizonte sin velas, el Mar del Sur con sus aguas azules y profundas en los días en que era Pacífico, con su loco batir de espumas en las horas tempestuosas de invierno. Por las playas, los indios changos desnudos y felices, señores del paisaje, amos de su tierra, dueños aun de sus almas. Y en lo alto de los montes cubiertos, de las colinas selváticas, un mecerse blando y musical de abanicos en las palmeras vestidas de verano...

EN EL SIGLO XVII

Por las colinas, ha pasado la mano del hombre civilizado, que es mano que destruye y profana.

Las palmas se han hecho solitarias en la altura. En lo bajo, junto a tosca ermita que alza su cruz de madera, se agrupa un puñado de ranchos y de casas pajizas. El hacha ha despeinado los montes. La encomienda ha diezmado a los indios, ya esclavos. En la playa los hijos de los conquistadores arrastran sus espadas o apuntan sus mosquetes. El Mar del Sur suele estar blanco de velas y en la bahía se perfilan a menudo las naves de los corsarios, decorativas, peligrosas y espléndidas...

EN EL SIGLO XVIII

Tres fortalezas levantadas contra los bucaneros y los Hermanos de la Costa—San Antonio, San José, Concepción—y en el viejo puerto, que nuestros abuelos no conocieron, al abrigo del fuego de las baterías coloniales y a lo largo de la línea de la playa, iban extendiéndose las bodegas. Rodeando a la ermita de toscos adobes, en amplio espacio, alzáronse los conventos de tapias aplanadas y las iglesias con la plegaria de sus torres por sobre los cuadrilongos ingráciles de las chatas bodegas lóbregas. Algún altillo entremedio, algunos mojinetes de las raras hospederías. En las gargantas y en los declives de los cerros, casas y chozas esparcidas; por las callejas cruzadas de cequiones, con tapices de lodo, carretas lentas, caballejos lentos, hombre lentos. Ninguna prisa entre la hora de alba y la hora de queda. Revuelo de badajos, voceríos de cam-



panas con toque a difuntos y llamado a oración. Las mujeronas vestidas de negro apiñándose en los pórticos conventuales, junto a los ponchos de los varones. Y la vida toda, un bostezo y una novena sin término, salpimentados con la fronda de los chismecillos lugareños.

Las colinas despeinadas en lo alto, la vegetación en fuga, y en el Mar del Sur la rara mancha blanca de las velas españolas...